

Conéctate

CAMBIA TU MUNDO CAMBIANDO TU VIDA

COMO ORO REFINADO

El paso por el crisol

PUEDES SUPERAR TU PASADO

No es tan difícil como parece

¿POR QUÉ TEMER EL FUTURO?

Dios vela por los Suyos

Disponemos de una amplia gama de libros, casetes, compactos y videos que alimentarán tu espíritu, te infundirán ánimo, ayudarán a tu familia y proporcionarán a tus hijos amenas experiencias educativas. Escribe a una de las direcciones que se indican a continuación o visítanos en: www.conectate.org

México:

Conéctate
Apartado 11
Monterrey, N.L., 64000
conectate@conectate.org
(01-800) 714 47 90 (número gratuito)
(52-81) 81 34 27 28

Chile:

Conéctate
Casilla de correo 14.982
Correo 21
Santiago
conectatechile@mi-mail.cl
(0) 94 69 70 45

Colombia:

Conéctate
Apartado Aéreo 85178
Santafé de Bogotá, D.C.
conectate@andinet.com

Perú:

Conéctate
Casilla 2005
Lima 100
RAYOSdeSOL@terra.com.pe

Estados Unidos:

Activated Ministries
P.O. Box 462805
Escondido, CA 92046-2805
activatedUSA@activated.org
(1-877) 862 32 28 (número gratuito)

Europa:

Activated Europe
Bramingham Pk. Business Ctr.
Enterprise Way
Luton, Beds. LU3 4BU
Inglaterra
activatedEurope@activated.org
(07801) 44 23 17

DIRECTOR

Gabriel Sarmiento

DISEÑO

Giselle LeFavre

ILUSTRACIONES

Doug Calder

PRODUCCIÓN

Francisco López

AÑO 4, NÚMERO 6

© 2003, Aurora Production AG.

Es propiedad. Impreso en Tailandia.

<http://es.auroraproduction.com>

A menos que se indique otra cosa, todas las frases textuales de las Escrituras que aparecen en *Conéctate* provienen de la versión Reina-Valera de la Biblia, © Sociedades Bíblicas Unidas, 1960.



A nuestros amigos

«El contentamiento no se alcanza cuando se obtiene lo que se quiere, sino cuando se quiere lo que se tiene», dice David Ring, de profesión motivador, que da más de 200 conferencias al año para unas 100.000 personas. Lo que otorga un enorme relieve a su afirmación y gran mérito a su ajetreado calendario es que padece de parálisis cerebral congénita. Está imposibilitado de caminar y a duras penas logra hablar. Sin embargo, lo hace con tal cuota de optimismo, buen humor —«Dios nunca dice: “¡Uy! ¡La embarré!”— y profundidad espiritual que la gente acude en tropel a escucharlo, y la experiencia resulta transformadora para muchos.

Hace poco un amigo me pasó una grabación de una charla de Ring. Al igual que a miles de personas, el reto que plantea me punzó la conciencia: «Yo tengo parálisis cerebral. ¿Usted qué tiene?» Su mensaje es claro y sencillo: Niégate a caer en la desesperación o la autocompasión. No te quejes ni te amargues por las cosas malas que te suceden. Más bien valora la vida, confía en que Dios sabe lo que hace y déjalo proseguir con Su obra.

«Si no les gusta como soy —señala Ring a su público—, tengan un poco de paciencia. Todavía estoy en el horno. Dios todavía está moldeándome; pero cuando termine de cocinarme me sacará del horno y dirá: “¡Bien, buen siervo y fiel!”», aludiendo a Mateo 25:21.

Otro principio espiritual que se pone de manifiesto en el caso de Ring es que si somos capaces de estar sinceramente agradecidos por los sucesos que nos parecen desfavorables, Dios nos bendecirá con más circunstancias favorables. No solo tiene éxito y mucho trabajo como conferencista —las 200 charlas que da son seleccionadas de entre 700 invitaciones—, sino que goza de un matrimonio feliz y tiene cuatro hermosos hijos, perfectamente saludables por cierto.

David Ring vive victoriosamente. Lo mismo podemos hacer nosotros. Como reza uno de mis refranes favoritos: «Si tienes lentejas, de qué te quejas».

Gabriel Sarmiento
En nombre de *Conéctate*

Como ORO refinado



El paso por el crisol

NADA MALO LE SUCEDE A UN CRISTIANO sin que exista una buena razón. «A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien» (Romanos 8:28). No te preocupes por las épocas de prueba y de debilidad ni pienses que se deben a que cometiste algún error imperdonable. Lo que sientes es la tierna mano del Señor sobre ti. Está forjándote para convertirte en la persona que sabe que puedes llegar a ser. No te está castigando. Está refinando y purificando tu espíritu, haciendo relucir tu belleza interior para que todos la vean.

Por incómodos que te resulten, esos quebrantos son ineludibles. Él tiene que hacer de ti una persona débil y humilde, tiene que llevarte hasta el punto en que acudas a Él de todo corazón e invoques Su ayuda. Sin embargo, en esos momentos de debilidad, cuando reconoces que dependes totalmente de Él, viene a

tu rescate, te infunde fuerzas espirituales y cincela ciertos aspectos de tu personalidad que no sería posible esculpir de otra forma.

Estás en manos del Señor, y Él llevará a buen término la obra que comenzó (Salmo 138:8). No te enojas con Él ni le guardes rencor por estas pruebas que no duran sino un tiempo. Más adelante, cuando veas que todo ello era necesario para que se cumpliera Su buen propósito, te alegrarás y se lo agradecerás.

DAVID BRANDT BERG



ANTIGUAMENTE LOS ORFEBRES tenían un método muy particular para determinar si el fuego refinador había eliminado todos los metales de baja ley y las impurezas del mineral de oro. Cuando podían ver su rostro reflejado en la superficie del metal fundido, estaban seguros de que el fuego había cumplido su fin purificador. No

quedaba más que oro refinado.

Job dijo: «Me probará, y saldré como oro» (Job 23:10).

El rey Salomón escribió: «El crisol para la plata, y la hornaza para el oro; pero el Señor prueba los corazones» (Proverbios 17:3).

El apóstol Pedro nos advierte: «Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido» (1 Pedro 4:12).

Cuando llega el momento en que Dios puede ver el rostro de Su amado Hijo reflejado en nuestra vida, sabe que Su fuego depurador ha cumplido su propósito.



Lo que acontece a los Suyos, sea lo que sea, toda prueba de la vida e ironía del destino, todo hecho grandioso, toda amarga odisea, no se deben al azar; siguen un plan divino.

ALICE REYNOLDS FLOWER

Puedes superar tu pasado

MARÍA FONTAINE



LA GRAN MAYORÍA de las cosas desagradables que nos suceden son comparables —espiritualmente hablando— con simples magulladuras y rasguños. Claro que en algún momento casi todos sufrimos alguna herida profunda o grave, ya de carácter físico, ya de carácter espiritual. Es imposible evitar todos los riesgos y no sufrir nunca ningún daño.

Casi siempre que nos hacemos un daño físico de poca consideración, nos queda un moretón; pero el dolor es temporal. Del mismo modo, puede que muchas de las molestias que sufrimos a diario nos las hagan pasar *moradas*, o nos pongan *negros*, o negativos, o deprimidos, pero por lo gene-

ral conseguimos olvidarlas en un tiempo relativamente breve. Sabemos que a la larga sanarán.

Cuando sufrimos una herida o lesión física grave, acudimos de inmediato a alguien que sepa aplicar el remedio indicado. Además la lavamos para quitarle la tierra, la desinfectamos y la vendamos bien para protegerla. A veces tenemos que hacérnosla examinar periódicamente para comprobar que está sanando como es debido. Aun así, en muchos casos toma tiempo para curarse.

Esto ilustra bastante bien lo fácil que pueden sanar nuestras heridas espirituales con fe, oración y el tratamiento adecuado. En cambio, si no

dejamos que nos limpien y nos atiendan esas heridas para que sanen bien, o intentamos disimularlas, o no cooperamos con quienes quieren ayudarnos, pueden llegar a infectarse con rencores y resentimientos que luego se extienden e intoxican todo el organismo. Si se las deja descuidadas, pueden afectar nuestra vida espiritual, nuestra felicidad, nuestra fe y nuestro bienestar general.

Normalmente, el resentimiento no aparece enseguida; más bien va arraigando y creciendo con el tiempo, igual que cuando se infecta una herida. Es como una infección purulenta del Diablo, que, si no se erradica del organismo, va extendiéndose y dañando

silenciosamente las partes sanas que toca. Por consiguiente, así como se debe atender con celeridad y cuidado un corte, herida o rasguño físico, hay que hacer lo propio con cualquier herida espiritual.

La Biblia dice que debemos vaciar nuestro corazón de cualquier cosa del pasado o del presente que nos fastidie. «Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos al Señor» (Lamentaciones 3:40). «Mirad bien, no sea que alguno deje de alcanzar la gracia de Dios; que brotando alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados» (Hebreos 12:15).

La Palabra nos exhorta a pedir ayuda y apoyo a quienes son más maduros en la fe y a confesarnos nuestras faltas unos a otros y orar unos por otros para que seamos sanados (Santiago 5:14,16). En lo que se refiere a librarse del rencor y dejar atrás las cosas negativas de nuestro pasado, ayuda mucho referirle esas experiencias a alguien que tenga un buen arraigo en la fe y en la Palabra de Dios. Cuando te desahogas y te ofrecen consejos basados en la Palabra y la oración, te resulta más fácil perdonar, olvidar y seguir adelante.

¡Es posible superar el pasado! Podemos experimentar una auténtica sanación

de las heridas y sentimientos negativos que nos pesan en el corazón. Las circunstancias relacionadas con hechos del ayer no tienen por qué dictar la forma en que enfocamos las cosas hoy, pues Dios nos ha dado una vía para superar los sucesos negativos de nuestra vida. De hecho, eso precisamente desea que hagamos.

La Biblia dice: «Si alguno está en Cristo, nueva criatura es. Las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas» (2 Corintios 5:17). Dicho de otro modo, cuanto más inmersos vivimos en Jesús y en Sus Palabras, más nos convertimos en nuevas criaturas y más cierto es que las cosas viejas pasan y son hechas nuevas. No es una transformación instantánea; pero si compaginamos nuestra voluntad con la del Señor, vemos que cada vez más cosas del pasado que antes nos atormentaban, nos molestan menos y van perdiendo importancia.

Hoy en día la tendencia generalizada en el mundo es achacar todos los defectos o complejos que uno tiene a los demás o a experiencias que se han sufrido, atribuirlos a los padres, a los hermanos, a los compañeros, al ambiente, a rasgos heredados, etc. Casi nada se atribuye a las decisiones que uno mismo ha tomado. Mucha gente se adhiere a esa forma de pensar,

porque, claro, es mucho menos humillante que reconocer que uno se equivocó al resentirse contra alguien o contra algo.

La vida cristiana, en cambio, es toda sobreponerse a las circunstancias. Es no permitir que las cosas nos depriman o nos hundan. Es convertir las piedras de tropiezo en trampolines. Es sanarnos en cuerpo y alma por medio de la fe. Es recobrar la salud física, mental y espiritual gracias al amor del Señor. Es librarnos de la esclavitud del temor y el odio por medio de la Palabra de Dios. Es permitir que Jesús —por medio de la renovación y transformación que Él obra en nuestro entendimiento— resuelva nuestros problemas y nos libre de las batallas que venimos arrastrando desde hace tiempo (Romanos 12:2).

Bien puede ser que algunos conflictos que hoy tenemos se deban en parte a hechos que nos sucedieron en la infancia o en otro momento. Todos, hasta cierto punto, somos producto del ambiente en que vivimos y, como tales, hemos recibido influencias positivas y negativas. No hay nadie que haya vivido exclusivamente experiencias positivas. Todo el mundo ha enfrentado al menos algunas dificultades y sufrimientos causados por experiencias vividas, cuyas repercusiones en ciertos casos se dejan sentir durante mucho

tiempo. Lo importante que hay que recordar es que podemos pedir al Señor que nos ayude a superar toda dificultad derivada de cosas que nos hayan herido. No tenemos por qué dejarnos dominar por ellas o siquiera permitir que sigan ejerciendo una influencia negativa en nosotros, ni en el plano emocional ni en el mental ni en el espiritual.

Según la Palabra de Dios, las pruebas tienen por objeto fortalecernos.

El Señor y Su Palabra nos piden cuentas a cada uno por la forma en que reaccionamos ante las situaciones en que nos vemos. Dios ha dado a cada persona libre albedrío, libre determinación. Nos pide constantemente a cada uno que tomemos decisiones acertadas y que procedamos como corresponde para recurrir a la ayuda del Señor. Y cuando lo hacemos, nos ayuda a salir adelante.

Es innegable que uno hasta cierto punto puede controlar su forma de ser. Si nos fijamos en ciertas personas que han sufrido graves reveses, quizá mucho peores que los que nos han sucedido a nosotros, veremos que unas reaccionaron de una manera y otras de otra. En consecuencia, hoy en día son muy distintas unas de otras, y la vida que llevan también es muy diferente. Unas son felices y exitosas, están sanas y bien adaptadas; y otras, todo lo contrario: viven deprimi-

das, desdichadas, insatisfechas o perturbadas.

Muy a menudo quienes saben lo que es tener dificultades y las han superado son los que luego demuestran ser capaces de ejercer gran influencia e infundir a muchas otras personas el valor y la fe necesarios para superar las dificultades que tengan. Su ejemplo es, para los que presencian su lucha o se enteran de ella, una prueba de que es posible superar grandes obstáculos en la vida, sobreponerse a situaciones aparentemente imposibles y triunfar, por muy desesperada que parezca la situación.

Muchos de esos infortunios podrían considerarse sufrimientos típicos de una fase de maduración. Lamentablemente las personas del mundo muchas veces no les ven ningún sentido y le echan a Dios la culpa de todo lo desfavorable que les sucede. De algún modo se convencen de que Él no juega ningún papel en las cosas buenas que les toca vivir, sino solamente en las malas. Su relación con el Señor es diametralmente contraria a lo que debería ser. No lo alaban cuando les van las cosas bien; y cuando les va mal, le echan la culpa y se quejan de Él. Pero la Biblia dice: «Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús» (1 Tesalonicenses 5:18).

Cuando Dios permite que nos hagamos daño, que nos enfrentemos a pruebas o que experimentemos pérdidas,

siempre es por algún motivo importante. Además pesa minuciosamente nuestras cargas para que no sean excesivas, sino lo suficiente para que se obren cambios positivos en nuestra vida, saquemos valiosas enseñanzas y salga a relucir lo mejor de nosotros.

Según la Palabra de Dios, las pruebas tienen por objeto fortalecernos (1 Pedro 4:12,13; 5:10). Piensa en esto: Si no tuviéramos necesidad de vencer ninguna dificultad, terminaríamos satisfechos de nosotros mismos y no adquiriríamos la fortaleza de carácter que es fruto de bregar para superar dificultades. Además, probablemente no podríamos compadecernos de los que han pasado lo mismo ni identificarlos con ellos (2 Corintios 1:4).

Nos perderíamos el portentoso milagro que se produce cuando descubrimos que necesitamos a Jesús con apremio. No podríamos hallar nuestra fortaleza en Él, que es lo que sucede cuando no aguantamos más y no tenemos a quién ni a qué recurrir. Tampoco sabríamos lo que es comprobar que Él en efecto no nos defrauda y que es capaz de darnos las respuestas que necesitamos para seguir adelante.

Dios desea que «[nuestro] gozo sea cumplido» (Juan 15:11), y sabe que para ello es indispensable que perdonemos a los que nos han ofendido, nos dejemos de resentimientos y rencores y olvidemos el pasado. ¡Es posible superarlo! ◇

La promesa de Romanos 8:28

Mensaje de aliento de Jesús

«SABEMOS QUE A LOS QUE AMAN A DIOS, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a Su propósito son llamados» (Romanos 8:28). Esta es la promesa que te hago: Suceda lo que suceda y en la medida en que me lo permitas, haré que todo redunde en tu bien.

Mi intención es que toda la humanidad aprenda a convivir en amor. Sin embargo, dado que las personas no son perfectas y que con frecuencia toman decisiones egoístas, hice, como medida preventiva, esa promesa a los que me aman. Este mundo está plagado de injusticias, egoísmo, dolor y dificultades. No obstante, por amor a ti, tengo poder para neutralizar todos esos males. Independientemente de las decisiones que tomen quienes te rodean, puedo darte lo que más necesitas.

A veces lo que es óptimo a Mis ojos difiere de lo que tú consideras mejor. A veces lo óptimo para Mí es que sientas mayor contrición, que tengas más compasión, que comprendas mejor a los demás, que seas más humilde. Todas esas cualidades forman parte de lo que estimo mejor para ti.

Claro que si no me dejas obrar en tu vida no podré cambiar en bien esas situaciones

ni bendecirte y recompensarte por otros medios. Sin embargo, la belleza de esa promesa radica en que a partir del momento en que cumples las condiciones —amarme y rendirte a Mi voluntad—, Yo comienzo a obrar en tu favor. Puedo sacar provecho de todo lo que te ha sucedido, de lo que te sucede en la actualidad y de lo que te ha de suceder en el futuro, siempre y cuando no dejes de cumplir las condiciones que lleva implícita la promesa. Por muy desastrosa que sea la situación en que te encuentres o por muchos que sean los errores que hayas cometido o las ofensas de que hayas sido objeto, si me amas y acatas Mi voluntad y Mis designios para ti, puedo hacer que todo redunde en bien.

La promesa misma expresa las únicas condiciones a que está sujeta: «A los que aman a Dios, a los que conforme a Su propósito son llamados». ¿Qué significa ser llamado conforme al propósito de Dios? Ni más ni menos que cumplir Su voluntad, llevar a cabo el plan que tiene para ti. Sean cuales sean las circunstancias, si cumples el plan que Mi Padre te tiene trazado, haré que todas las cosas —aun las que aparentan ser malas, difíciles o perjudiciales— redunden en tu bien. Es la promesa que te hago y que nunca deja de cumplirse. ◇

TO DO A JESÚS



PERDONAR Y OLVIDAR es de lo más difícil para un ser humano. Sin embargo, basta con confiarle al Señor nuestra herida para que Él se la lleve. Promete que si le decimos: «Toma, Jesús. Ya no la quiero. No quiero saber más de esto», Él se la llevará y la hará desaparecer para siempre. Cubre las heridas y el dolor y nos renueva por completo.

Él comprende todas las situaciones y el corazón de cada persona. Es posible que jamás lleguemos a entender el motivo que pudo tener alguien para hacer algo, o para pensar como piensa, o para comportarse de cierta manera, o hacernos lo que nos hizo. Pero no es cuestión de entender, sino de perdonar. Con todo, perdonar cuesta muchísimo, va a contrapelo de nuestra naturaleza humana. Por eso el Señor dice que precisamos Su ayuda para lograrlo. Él es quien nos da las fuerzas y la gracia para perdonar.

Todo el mundo tiene contratiempos y chascos. Lo que importa es la manera en que se reacciona ante las

dificultades, problemas, penas y desengaños. Si nos resentimos por algo que nos ha herido, nos amargamos. Y si no desarraigamos esa amargura, espiritualmente nos vamos debilitando. Con el tiempo nuestro corazón y nuestra mente se vuelven más receptivos a otros pensamientos negativos relativos a otras situaciones y personas. El rencor es como un arado que labra la tierra de nuestro corazón, preparándola para acoger la semilla de la insatisfacción y el abatimiento. Si no lo hacemos a un lado y no se lo encomendamos por entero al Señor, a la larga acaba con nosotros, y en el ínterin, termina por hacer mucho daño a otras personas.

Cuando albergamos resentimiento en el corazón, con frecuencia no vemos las cosas con claridad. Ni siquiera apreciamos muchos detalles que tiene el Señor con nosotros y las cositas especiales que hace para premiarnos, porque el resentimiento no nos deja ver las cosas buenas. Sin embargo, una vez que dejamos eso en manos del Señor, todo se ve

**Él
comprende
todas las
situaciones
y el
corazón
de cada
persona.**

Nada puede alterar el hecho de que esas cosas malas sucedieron. Lo que sí se puede cambiar es el efecto que tienen en nosotros hoy en día.

mejor, mucho más claro, y podemos sentir, experimentar en mucho mayor grado el amor del Señor.

Nada puede alterar el hecho de que esas cosas malas sucedieron. Lo que sí se puede cambiar es el efecto que tienen en nosotros hoy en día. Se pueden enterrar, se pueden olvidar, podemos deshacernos de ellas y obtener la victoria. Si dejamos de aferrarnos a ellas, pueden producir algo bueno y podemos hallar verdadera libertad. No es que la herida o el dolor no hayan existido, sino que el Señor puede tomar esas circunstancias —por sombrías, tristes, dolorosas, penosas o injustas que fueran— y hacerlas con el tiempo redundar en bien.

Cuando se lo encomendamos todo al Señor, Él está en condiciones de colmar nuestro corazón con el elixir del amor que sana toda herida. Puede aliviarnos, sanarnos, regenerarnos. Es poderoso para curar toda herida, aliviar todo dolor, borrar todo el pasado. Y lo hará. Lo único que nos pide es que soltemos esas cosas, que las dejemos correr.

Conviene también recordar que nosotros mismos necesitamos perdón. Jesús dijo que si perdonamos a quienes nos ofenden, nuestro Padre celestial nos perdona a noso-

tros (Marcos 11:25,26). Si somos conscientes de que nosotros también hemos cometido muchos errores y tomado decisiones equivocadas que han perjudicado a los demás y que, por tanto, precisamos perdón y misericordia, nos resulta más fácil ser perdonadores y misericordiosos con los demás.

Naturalmente, una vez que se lo hemos encomendado todo al Señor, tenemos que perseverar en ello. Una vez que perdonamos y olvidamos, tenemos que vigilar nuestro corazón y no dar lugar a críticas que pudieran llevarnos a resentirnos y amargarnos en el futuro. Tenemos que resistirnos a pensar en las ofensas que nos han hecho y negarnos a adoptar una actitud crítica con respecto a las personas que nos han agraviado. Esa actitud negativa y censora nos carcome. Es fuente de desdicha, insatisfacción, descontento y amargura.

Tenemos que acudir a Él una y otra vez, seguir amándolo y confiándole todo, que Él nunca falla. Aunque la gente o las situaciones nos decepcionen, aunque nos parezca que nosotros mismos hemos fallado, el Señor no falla jamás. Su plan es infalible. Su amor nunca deja de ser. Nuestra vida está en Sus manos. Si somos capaces de creer eso y actuar en consecuencia, viviremos mucho más contentos.

Lo mejor es perdonar, echar todo eso en saco roto, olvidarlo y seguir adelante. Si lo hacemos, Él nos llena de Su Espíritu. Nos hace amorosos, tiernos, compasivos y generosos. Nos transforma en personas más fuertes y mejores; y puede valerse de nosotros como vasijas de Su amor, como columnas en las que puedan apoyarse los demás. Dicho de otro modo, nos vuelve más parecidos a Él. ◇



¿POR QUÉ

TEMER

EL FUTURO?

HE HABLADO CON MUCHAS PERSONAS que tienen miedo del futuro, sobre todo de los acontecimientos relacionados con el Fin de los Tiempos, tal como se describen en el último libro de la Biblia, el Apocalipsis. Varias me han dicho que les da miedo leer siquiera esos pasajes de la Biblia, que prefieren no pensar mucho en eso. Adoptan la actitud del

niño que cuando tiene miedo cierra los ojos con la esperanza de que el peligro pase de largo.

Confieso que yo también abrigaba miedo de los acontecimientos venideros. Aunque toda mi vida se me inculcó que el poder de Dios es grande y que está dentro de Su plan proteger a los Suyos en los tenebrosos días que se avecinan, a veces —azuza-

dos por las preocupaciones— los pensamientos se nos desbocan y olvidamos rápidamente esos preceptos tranquilizadores. Pero me sucedió algo que alteró todo eso.

Hace dos años descubrí que estaba embarazada. Ese mismo mes Dios nos pidió a mi esposo y a mí que nos fuéramos de misione-

ros al África. Dicho llamado me tomó aun más por sorpresa, pues había vivido la mayor parte de mi vida en Japón y estaba muy comprometida con un programa de asesoramiento para estudiantes universitarios y otras obras de carácter humanitario. Era feliz, me sentía realizada y me parecía haber encontrado la misión que Dios tenía para mí. Pero entonces me dijo que quería enseñarme otras cosas y que lo que necesitaba era precisamente un cambio de aires.

Tras sobreponerme al shock inicial, fui haciéndome a la idea y me entusiasmé con la perspectiva de ir a un país completamente desconocido. A los pocos meses estábamos ya en camino. Hicimos escala en Europa para visitar a la familia de mi marido. Estando allí nos comunicamos con unos misioneros de La Familia que ya se hallaban en África y con quienes teníamos pensado trabajar.

Nos recomendaron que lleváramos todo lo que necesitaríamos para el bebé, pues tales artículos son difíciles de conseguir, de mala calidad o disparatadamente costosos en esta región del continente africano. No es que en Europa fueran baratos. Para colmo, estábamos en pleno invierno, y el bebé nacería en el tropicalísimo clima de África



Me fui dando cuenta de que aunque amaba entrañablemente a mi futura hija y quería lo mejor para ella, Dios se desvelaba por nosotras aún más.

Oriental. En aquel momento ningún almacén vendía ropa verdadera para bebés.

Empecé a sentir el rigor de la situación en la que me estaba metiendo. ¿No sería un desatino y una irresponsabilidad de mi parte irme al África estando a punto de dar a luz? ¿Cómo iba a conseguir todo lo que necesitaba en tan poco tiempo y con tan poco dinero? ¿Por qué tenía que ir yo? Rompí a llorar.

Había tocado fondo, lo que a veces no es tan terrible que digamos, pues a partir de ese momento no queda otra que mirar hacia arriba. Leí pasajes de la Biblia sobre conservar el ánimo y sobre los cuidados que Dios nos prodiga. Me fui dando cuenta de que aunque amaba entrañablemente a mi futura hija y quería lo mejor para ella, Dios se desvelaba por nosotras aún más. Era más que capaz de proveer para todo lo que necesitáramos. No tuve más que reposar en Sus brazos y escuchar Su voz, que me decía: «Venid a Mí todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar. Llevad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí [...], y hallaréis descanso para vuestras almas; porque Mi yugo es fácil, y ligera Mi carga» (Mateo 11:28-30). «Mirad las aves del cielo, que no siebran, ni siegan, ni recogen en

graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mateo 6:26).

Si bien esas palabras me tranquilizaron, todavía no sabía cómo iba a darme Él todo lo que necesitaba en tan poco tiempo. Decidimos echar un vistazo en las ferias, donde a veces se encuentran artículos usados de buena calidad para bebés. Uno de los avisos parecía perfecto: «Muebles y ropa de niños». Fuimos con unos amigos, y al llegar descubrimos que lo único que había en la feria era antigüedades y pinturas viejas. Uno de los puestos tenía dos camisetas de bebé. No era precisamente lo que buscábamos.

Me quedé completamente descorazonada. En eso se acercaron corriendo nuestros amigos. Estaban casi sin aliento, entusiasmados con algo que habían encontrado. «Estupendo —pensé—. Dos camisetas más. Problema resuelto». Entonces recordé que Dios es mi Padre y que no me defraudaría.

El descubrimiento resultó ser un puesto de ventas que a mí inexplicablemente se me había pasado. El hombre vendía un ajuar completo de recién nacido hasta un año. Estaba todo en casi perfecto estado, y la mayor parte era de verano. Tenía además

algunos juguetes y otros artículos de bebé que nos harían falta. Cuando le dijimos que nos íbamos de misioneros al África, prácticamente nos lo regaló todo.

Más tarde, mi cuñada, que trabaja en una compañía farmacéutica, nos dio todo lo demás que íbamos a necesitar: vitaminas, cremas, polvos, todo. Para cuando vinimos al África, no nos faltaba nada.

¿Qué tiene que ver eso con el miedo que nos suscita el Tiempo del Fin? Actualmente, cuando me veo enfrentada a esos temores, sobre todo en relación a mi hija, me viene a la memoria aquella experiencia.

Si a ti también te inquietan esa clase de temores, piensa en cuánto amas a tus hijos y en lo que harías por protegerlos y proporcionarles lo que necesitan. Luego multiplícalo por un millón. Dios es el mejor Padre que podríamos tener. Nosotros somos simples humanos. En vista de eso, es inevitable que a veces defraudemos a nuestros hijos o que no seamos padres perfectos. Sin embargo, Dios nunca falla. ¡Estamos a salvo en Sus brazos para siempre! ◇

(TINA YAMAGUCHI ES MISIONERA DE LA FAMILIA EN UGANDA.)

¿AMARGURA O TERNURA?

DAVID PHILLIPS



YA DESDE MUY JOVEN me encantaban los bebitos. No veía la hora de ser padre. Con apenas 20 años ya me había casado, y mi esposa Anisa estaba embarazada. No cabíamos de contento y aguardábamos con ansias la llegada de nuestro primer hijo. (Una ecografía reveló que se trataba de un varón.)

Por fin llegó el tan esperado día. Le veríamos la carita a nuestro hijo. Pero el Señor tenía otros planes. Surgieron complicaciones durante el parto, y Él se llevó consigo a nuestro retoñito antes que pudiera ver la luz.

Sólo quien ha perdido una criatura puede imaginarse el doloroso golpe que supone y la angustia que sobreviene. Tantas cosas nos pasaban por la cabeza, tantos pesares, tantos interrogantes sin respuesta. ¿Qué habíamos hecho para merecer aquello? ¿En qué habíamos errado? ¿Por qué permitió Dios que el niño se nos fuera? ¿Acaso se trataba de un castigo? ¿Qué haríamos a partir de entonces? ¿Volveríamos a sonreír?

Dios no dejaba de decirnos: «Confíen. Confíen en Mí, que hago todas las cosas con amor». ¿Pero cómo podíamos confiar cuando el mundo entero se nos había derrumbado y no hallábamos dónde hacer pie?

Con el paso de las semanas y los meses tuve que tomar una decisión: o me aferraba al dolor, o renunciaba a mi hijo y a partir de ahí rehacía mi vida. ¿Permitiría que aquella experiencia desgarradora me endureciera y me amargara, o dejaría que me enterneciera y me ablandara?

En gran parte gracias a mis amigos y mi familia, cuyas oraciones y palabras alentadoras me infundieron fuerzas para hacer frente a cada prueba, opté por confiar en Dios y devolverle mi

amado hijo. Aunque no dejaba de ser difícil para mí entender por qué había dejado Dios que ocurriera algo tan trágico, me decidí a aceptar por fe que lo había hecho por amor y con algún buen motivo, y que algún día lo entendería.

Pasó el tiempo. Anisa y yo recuperamos la paz y pudimos volver a sonreír. Empezábamos a ver el arco iris después de la tempestad.

En mis tiempos de gran angustia y desazón, me venía una y otra vez a la memoria el mismo versículo de la Biblia: «[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios» (2 Corintios 1:4). Ahora veo lo que no lograba ver en aquel momento: Dios me rompió y luego me recompuso el corazón para que pudiera entender mejor las tribulaciones de otras personas.

En los dos años y medio desde que mi hijo volvió al Cielo, he aprendido cosas valiosísimas. Dios se sirvió de ello para entermecerme el corazón. Me dio el don de levantar el ánimo y consolar a los demás.

Al cabo de poco tiempo puso en mi camino personas que habían perdido recientemente a seres queridos. Tal como dice la Escritura, conduciéndolas a Él pude consolarlas con la misma consolación con que Dios me había consolado.

Puedo afirmar con toda veracidad que aunque fue una experiencia dolorosa, sirvió para fortalecerme y hacer de mí un instrumento más útil en manos de Dios, alguien capaz de ser una bendición para muchos otros que aún no lo conocen y que no tienen una fe en qué apoyarse en

tiempos de gran dificultad.

Actualmente estoy feliz sirviendo al Señor y a mi prójimo en Jon Kaen, provincia del noreste de Tailandia, junto con Anisa y nuestra pequeña de un año. (Así es. El Señor al poco tiempo nos bendijo con una niña.) Puedo decir con sinceridad y de todo corazón que valieron la pena todas las lágrimas y el dolor, pues por medio de ellos aprendí a confiar en el amor de Dios.

A cualquiera que haya perdido un ser querido o esté atravesando graves dificultades, le diría lo siguiente: Por difícil que sea la prueba o por oscura que se vea la noche, por lo que más quieras, aguanta. Pronto verás la luz al final del túnel. Acude a Dios y a Su Palabra en busca de consuelo y fuerzas. Él te ama y quiere volver a verte feliz. Simplemente está haciendo de ti una mejor persona. ◇

(DAVID PHILLIPS ES MISIONERO DE LA FAMILIA EN TAILANDIA.)

***Pude
consolarlas
con la
misma
consolación
con que Dios
me había
consolado.***

ORACIÓN PARA HOY

Ayúdame a confiar en Ti, Señor, sin dudar nunca ni criticarte por lo que pones en mi camino o permites que me sobrevenga. Reconozco que Tú sabes lo que más conviene, aunque a mí no me lo parezca en el momento. Dame fe para renunciar a mis propios deseos y anhelos a fin de que se cumpla Tu voluntad. Tú prometiste que con el tiempo siempre harías redundar todo en favor mío, pues tienes en cuenta lo que es más provechoso para mí.

Dame fuerzas para no resentirme ni amargarme. Albergar rencor es como aferrarse a una infección que puede causar la muerte. ¿Quién querría eso? Líbrame de toda duda, temor, dolor o resentimiento que pudiera dar lugar al rencor. Dame fe para desembarazarme de todo eso, para perdonar y olvidar y pasar a cosas mejores, todas esas cosas estupendas que Tú prometiste a quienes confían en Ti y mantienen una relación transparente contigo.

RESPUESTAS A TUS INTERROGANTES

P.: Mi novio y yo cortamos nuestra relación hace poco, y la situación se volvió desagradable y dolorosa. Mis amigas me dicen que debería tomarme la revancha con él por el dolor que me causó. Creo en Dios y deseo complacerlo obrando bien. Sin embargo, en este momento quizás esté demasiado enojada para saber qué es lo correcto. ¿Cómo debería reaccionar un cristiano en una situación como la mía?

R.: TENIENDO EN CUENTA todo lo que te acaba de pasar, es comprensible que estés confundida y no sepas muy bien cómo reaccionar. Con todo, vas por buen camino al querer complacer a Dios obrando bien. ¿Cómo debería reaccionar un cristiano? Como reaccionó Cristo en circunstancias similares. Jesús no siempre podía controlar lo que la gente le hacía, pero sí podía controlar Su propia reacción y el efecto que tenía eso en Su espíritu. Lo mismo vale para nosotros. Él optó por vencer el mal por medio del bien. Nosotros podemos hacer lo mismo (Romanos 12:21).

En Su famoso Sermón del Monte, Jesús dijo: «Oísteis que fue dicho: “Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo”. Pero Yo os digo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, que hace salir Su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si

amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?» (Mateo 5:43-46).

Más adelante en ese mismo sermón Jesús explicó que obtenemos perdón y misericordia en la misma medida en que usamos de perdón y misericordia con los demás: «Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas» (Mateo 6:14,15).

Al sufrir ultrajes algunos de los primeros cristianos, el apóstol Pedro les aconsejó que siguieran el ejemplo de Jesús. «Si haciendo lo bueno sufrís y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis Sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en Su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1 Pedro 2:20-23).

Quienes se resienten, dan lugar a impulsos de venganza y procuran hacer *pagar* a alguien por lo que les ha hecho sufrir, en muchos casos no logran librarse de sus propios sentimientos negativos. Se toman la justicia por su mano en vez de confiar en que Dios resuelva las cosas. Y normalmente, acaban armando un lío peor. En lugar de obtener satisfacción y ver aliviado su dolor, terminan llenos de remordimientos y con gran necesidad de ser perdonados ellos mismos. En cambio, quienes dejan el asunto en manos de Dios, quienes perdonan y olvidan, encuentran «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4:7). Opta por perdonar en vez de buscar venganza. ◇

Esa amarga dulzura

EL RUIDO DE LA BATIDORA de mamá me llamó la atención, y me dirigí a la cocina. La encontré trabajando y me puse a observarla. Era mi oportunidad de averiguar qué le ponía a esa torta de chocolate que le quedaba tan bien. Como era de esperarse, había chocolate en barra. Eché mano de un trocito que se había desprendido de la misma y me lo puse en la boca. ¡Era amargo! Estudié las demás cosas que había sobre la mesada. Había una taza de leche cortada. ¡Qué asco! Mamá no iba a echarle eso a la torta, ¿o sí? En efecto, lo hizo, y le añadió un poco de ese espantoso bicarbonato de sodio que me obligó a tomar la última vez que sufrí de acidez estomacal. ¿Cómo podía resultar rica una torta hecha con esos ingredientes? Mamá me sonrió y me dijo que esperara hasta que estuviera lista.

Aquella noche sirvió la torta de postre. Se veía tan rica como siempre, pero procedí con cuidado. Probé una migaja, luego otra más grande y finalmente un buen bocado. ¡No podía haber sabido más rica! Me olvidé de la leche cortada y del bicarbonato y le pedí otro trozo.

La vida no es miel sobre hojuelas. Tiene mucho de amargo, y nos cuesta creer que de ello pueda salir algo bueno. Sin duda, no todas las cosas son buenas, pero *todas ayudan a bien* (Romanos 8:28). Esa es la promesa que Dios hace a quienes lo aman. Día a día nos convierte en lo que quiere que seamos. Nunca añada a nuestra vida un ingrediente por error.

ANÓNIMO

EL PAGO

CUANDO LOS ALIADOS LIBERARON el campo de concentración de Ravensbrück al término de la Segunda Guerra Mundial, se encontró un pedazo de papel de envoltorio en el que una prisionera había garabateado las siguientes líneas:

Señor, no te acuerdes solamente de los hombres y mujeres de buena voluntad, sino también de los de mala voluntad. Pero no te acuerdes de todo el sufrimiento que nos han infligido; acuérdate de los frutos que se han producido en nosotros gracias a ese sufrimiento: nuestra confraternidad, nuestra lealtad, nuestra humildad, nuestro valor, nuestra generosidad, la magnanimidad que ha brotado de nuestro corazón a raíz de todo esto. Y cuando les llegue la hora del juicio, que todos los frutos que dimos sean su perdón. ◇

LECTURAS ENRIQUECEDORAS

Lo que dice la Biblia sobre el resentimiento

La Palabra de Dios nos advierte contra los peligros del resentimiento y el rencor.

Hebreos 12:15

Santiago 3:14-16

No guardemos rencor; alberguemos más bien amor, amabilidad y perdón.

Levítico 19:18

Mateo 6:14,15

Mateo 18:23-35

Efesios 4:31,32

1 Pedro 4:8

La mejor medicina para el resentimiento es orar, perdonar y olvidar.

Marcos 11:25

Romanos 12:2

Filipenses 3:13

Colosenses 3:13

SI AÚN NO HAS ACEPTADO a Jesús y los dones de perdón y vida eterna, hazlo ahora rezando la siguiente plegaria:

Te doy gracias, Jesús, por Tu amor sublime, que perdona todos los pecados que he cometido. Te abro la puerta de mi corazón y acepto el don de la salvación. Ayúdame a amar a los demás y tratarlos con compasión, como Tú me has amado y has sido compasivo conmigo. Amén.



DE JESÚS, CON CARÍÑO

Estoy para ayudarte

Te conozco perfectamente. Conozco tus dones, tus habilidades, tus puntos fuertes. También estoy al tanto de todas las imperfecciones, idiosincrasias y peculiaridades que conforman tu singular personalidad. Sé de las debilidades que persisten en ti y que no logras superar, y de todas las cosas de ti que te molestan. Conozco todas las peticiones de tu corazón, tus más íntimos anhelos. Nada me es oculto.

Me preocupo por cada uno de tus pesares y desilusiones. Me preocupa cómo te sientas. Me preocupa lo que pienses. Me preocupan tus dificultades y penalidades. Me preocupo por tus dolencias. Me preocupo por los bienes materiales que te hacen falta. Me preocupo por tus batallas espirituales. No hay un solo detalle de tu vida que no me interese. Y estoy para ayudarte.

Cada vez que alzas los ojos a Mí, estoy a tu lado. Oigo tus oraciones, y Mi corazón se conmueve. Jamás me canso de escucharte. Jamás estoy distante. Nunca estoy muy cansado u ocupado para atenderte. Jamás te rechazo. Nunca duermo. Nunca coloco en Mi puerta un cartel rogando que nadie me moleste. Siempre oigo y respondo tus ruegos, aunque algunas veces no lo haga tal y como deseas o como consideras que debería hacerlo, y otras veces no alcances a ver la respuesta de inmediato. En todo caso, siempre oigo y respondo.